

za y pronunciaban frases que no podían entender los europeos, pero que podían traducirse por un adios sentido á aquella tierra en donde habían visto la luz.

De pronto el mar tomó una actitud amenazadora y ante el peligro determinó Colón volver á Cuba.

Era ya de noche y dispuso que se colocara en el palo mayor de la *Santa María* una linterna encarnada que debía servir de señal á las otras dos carabelas para que la siguiesen.

La *Pinta* se hallaba á bastante distancia.

Colón mandó repetir las señales, pero sin obtener resultados.

Ya muy entrada la noche acertó vela y se mantuvo todo lo que pudo á la capa.

Al romper el alba pudo ver cerca de él á la *Niña*.

Pero la *Pinta* había desaparecido.

—¡Traición, traición!—gritaron todos los que iban en el navío almirante.

Colón al pronunciar esta palabra había presumido, en efecto, que la desaparición de la *Pinta* era un acto alevoso de su segundo Alonso Martín Pinzón.

¿Cuál era la causa de este imprevisto acontecimiento?

Vamos á saberlo.

## Capítulo IX.

### Los proyectos de Pinzón.

Antes de pasar adelante, conviene bosquejar un poco más la figura de Martín Alonso Pinzón, para que se comprenda á qué sentimiento había obedecido al cometer aquella felonía con su jefe y amigo.

Martín Alonso pertenecía á una familia de marinos, rica y de gran prestigio en el puerto de Palos.

Desde niño había emprendido viajes á todos los puntos conocidos de Oriente á donde podían llegar las embarcaciones, y había adquirido su imaginación un gran desarrollo, al mismo tiempo que la sed de riquezas se había apoderado de su alma.

Las largas temporadas que había pasado en el mar, su vida independiente y en cierto modo aventu-

rera, habian dado á su carácter esa fiereza, esa energía que se adquiere luchando y venciendo, y puede decirse que, si duro era su cuerpo, más duro era aun su corazón.

Posteriormente se ha llamado á los marinos de la raza á que él perteneció, con el característico nombre de lobos de mar.

La codicia habia llegado á ser su pasión dominante.

Poseer cuatro ó cinco bajeles de alto porte, ser una especie de reyezuelo en el mar, y al regresar á tierra verse rodeado de todas las magnificencias del lujo, de todas las comodidades que habia visto disfrutar en los países que habia visitado, era su único afán.

A fuerza de vivir la mayor parte del tiempo en el mar, habia adquirido esa indiferencia que para todos los sucesos del alma suelen encontrar los marinos que están siempre obligados á vivir lejos de los seres á quienes el afecto une á su alma.

No era, pues, ni un modelo de hijo, ni un modelo de hermano.

El único ser que despertaba en su alma algun afecto, era su esposa, mujer dotada de grandes atractivos y de un carácter angelical.

Tal vez esta era la causa del amor que la profesaba.

Afectuosa con él, obediente, tímida, se amoldaba á los caprichos y á las extravagancias de Martin Alonso, y éste habia llegado á quererla como quieren los fuertes á los débiles.

Sin sentir habia ido poco á poco enamorándose de ella, y su mayor deseo era reunir algun dia las suficientes riquezas para poder vivir en una corte con ella, y lograr que con su lujo y sus encantos eclipsase la belleza y la esplendidez de las más ilustres damas.

Pero la codicia era superior en él al amor.

Por eso desde el primer momento en que conoció á Colon y le oyó hablar en el convento de la Rábida, desde que el ilustre marino genovés desarrolló á su vista el ilusorio porvenir que los escritos de Marco Polo y el mapa del florentino Toscanelli le habian hecho concebir y desear, Pinzon, con bastantes conocimientos náuticos para comprender y apreciar las razones de Cristóbal Colon, experimentó al mismo tiempo un vivo deseo de encaminarse á aquellas tierras desconocidas para encontrar en ellas mucho oro y realizar sus sueños.

Con tal de conseguir este triunfo, nada le importaba arriesgar una parte de su fortuna, y por esto brindó á Colon los recursos que aceptaron los reyes, y que contribuyeron á activar los preparativos de la expedición.

Colon, además de la auréola del génio, tenia á sus ojos la de la proteccion que le brindaban los reyes, y no se creia deshonrado, ni con mucho embarcándose á sus órdenes.

Durante los momentos de duda que tantas veces asaltaron á los navegantes en la travesía, sintió renacer en su espíritu la soberbia, queria mandar, se con-

sideraba superior á Colon; pero por más indicaciones que hacia, no lograba quebrantar la voluntad de hierro del almirante, y los momentos de esperanza que aumentaban su prestigio, venian á darle ánimos para seguir obedeciendo.

Muchas veces, sin embargo, pasaba por su mente la idea de disfrutar por sí sólo las ventajas de aquel descubrimiento.

—¿Quién me manda continuar á sus órdenes?— se decia.—¿Por ventura no he podido yo lo mismo que él venir á estos mares y descubrir estas tierras? ¿No soy yo capitán de una embarcación? ¿No se muestran los naturales del país agradecidos á nuestros agasajos, contentos de nuestra llegada? ¿Acaso se necesitan fuerzas para combatirlos? No, de ningún modo.

Otra idea más terrible aun, le perseguia á veces.

—Si Colon pereciera,—pensaba,—yo seria el jefe natural de la expedición; yo quien valiese á España á dar cuenta de los descubrimientos que hemos hecho; yo quien participase de todos los beneficios que á él le están reservados. Y ¿por qué no ha de sucumbir? ¿Acaso no habrá medio de acabar con su vida?

Pero esta idea fatal no encontraba eco en su corazón, porque aunque avaro, inflexible y poco generoso, tenia tal prestigio sobre él el almirante, que no ya atentar á su vida, sino pensar en destruirle, le parecia una profanación.

—Sin recurrir á esos medios,—se decia,—puedo muy bien lograr mi objeto. Mi nave es muy velera. ¿Por qué no me separo de las otras dos embarcaciones? ¿Por qué no voy por cuenta mia sin detenerme en investigaciones estériles á buscar el país de las minas de oro? ¿Por qué con los tres indios que llevo á mi lado, con algunos otros más que puedo recoger y con las crecidas cantidades de oro que puedo apoderarme no vuelvo á España antes que Colon y disfruto antes que él la gloria que le aguarda, el premio que le está reservado?

Estos pensamientos le atormentaban precisamente cuando Colon mandaba colocar en el mástil de la *Santa María* las linternas encarnadas para significar á los dos capitanes de la *Pinta* y la *Niña* que fueran reunirse con él virando por completo.

Iba á obedecer lo orden cuando uno de los indios acercándose á él y señalando el adorno de oro y piedras que tenia Martin Alonso en su birrete, pronunció algunas frases que no pudo comprender el capitán de la *Pinta*, al mismo tiempo que con la otra mano señalaba un punto distante hácia el Oriente como dando á entender que allí habia en abundancia oro y piedras preciosas.

Se acercaban al verdadero término de su viaje y Colon, obcecado, desistia de seguir adelante.

No habia duda para Pinzon. La Providencia protegía su pensamiento y al mismo tiempo que cerraba los ojos del almirante abria los suyos.

—No, no le seguiré,—se dijo,—continuaré mi camino y llegaré hasta donde se halla ese rico tesoro que hemos venido á buscar.

Y cuando los tripulantes de la *Pinta* le anunciaron la señal que habia hecho la *Santa Maria*:

—¿No comprendéis lo que eso quiere decir?—exclamó.

—Sí,—contestaron,—quiere decir que retrocedamos.

—Pues bien, ha llegado el momento de que os hable con franqueza. Colon quiere que retrocedamos porque ha sabido lo que yo acabo de saber, que á muy corta distancia de nosotros y siguiendo la direccion á que nos empuja el viento encontrará el oro, las perlas, los productos que hemos venido á buscar, y querrá sin duda que nos quedemos atrás nosotros y los de la *Niña* para poder llegar él solo y alcanzar una gloria que debe ser de todos.

Pero podemos defraudar su intento; desobedecemos su orden; sigamos adelante; lleguemos á esa tierra de promision y apodéremosos allí de todo el oro, y partamos entre nosotros estas riquezas que de otro modo no serian para nosotros porque ya habreis visto que Colon ha dispuesto que todo lo que se recoja sea para los reyes de Castilla.

Despues de obtener este triunfo partiremos á España, revelaremos la verdad, conquistaremos la gloria que él quiere para sí y que no merece, y nuestra recompensa será grande, sin perjuicio de que podremos volver una y mil veces á este país á buscar

pedras y metales preciosos, que, sino en España, venderemos ventajosamente en Europa. ¿Quereis seguirme?

—Sí, sí,—gritaron todos.

—Ya veis que nuestra nave puede virar al barlovento con mucha facilidad y que en vano tratarán de seguirnos.

Resueltos y entusiasmados todos siguieron entonces las espumosas olas del mar con direccion á Occidente, y se separaron de sus hermanos cometiendo una verdadera infamia.

Natural era que Colon se indignase al ver aquella desercion.

No sólo la consideraba como una desobediencia perniciosa, sino que presentia un designio siniestro en Pinzon al llevarla á cabo.

Aquello era señal de que Pinzon ó pretendia apoderarse del mando de la escuadra y de todas sus ventajas, ó que intentando arrebatarle la gloria que habia alcanzado, se disponia á volver á España para obtener los plácemes y los beneficios que le pertenecian.

Guardóse muy bien por lo tanto de manifestar Colon su indignacion á los suyos.

Cuando le dijeron que la *Pinta* habia desobedecido:

—No lo creais,—repuso,—tenia una orden secreta mia para recorrer las costas que nosotros no hemos podido visitar. No pasará mucho tiempo sin que vuelva á hallarse á nuestro lado.

Dadas las condiciones del navío almirante, era de todo punto imposible perseguir á la *Pinta* mucho y ménos anticiparse á su llegada á España.

—La Providencia es justa,—dijo Colón,—bajo su amparo deposito mi santa causa.

Y manifestando una presencia de ánimo, una tranquilidad, una confianza que no tenia, continuó su rumbo hácia la isla de Cuba con el objeto de aprovechar para explorar las costas en el tiempo que tardase en volver viento favorable.

## Capítulo X.

### La Española.

El 24 de Noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba y se detuvo en un puerto formado por la desembocadura de un río al que dió el nombre de Santa Catalina.

Aquel río se deslizaba entre fértiles prados y las montañas que le rodeaban estaban pobladas de árboles, entre los que descubrió altos pinos—que podian servir de mástiles á las grandes embarcaciones—y robustas encinas.

Los marineros que se arrojaron al agua encontraron en el fondo del río algunas piedras con venas de oro.

Algunos dias más empleó Colón en costear la isla, y en uno de ellos halló un cómodo puerto, al que dió el nombre de Puerto Santo.